

«OBEDIENCIA, INDIGNACIÓN, SUBLEVACIÓN»





Editorial

La convocatoria para este número de nuestra revista, acordada por el Comité Editorial desde finales del año 2019, fue presentada a nuestros colegas, colaboradores y amigos en los últimos días de febrero del 2020. Por entonces llegaban noticias sobre la manera como avanzaba de continente a continente la epidemia de COVID-19, que, poco después, a comienzos de marzo, fue declarada pandemia. Las medidas sanitarias adoptadas a nivel global, salvo notables excepciones, también fueron reproducidas de continente a continente. El confinamiento, más o menos prolongado en cada país, puso a la cabeza de la “gestión” poblacional a mandatarios y epidemiólogos, al tiempo que un pandemio de información circulaba, y sigue emitiéndose, por medios de comunicación y redes sociales. En otro registro, la emergencia sanitaria mostró, con brutal nitidez, los efectos deletéreos, a nivel subjetivo y colectivo, de las modalidades de funcionamiento propias de las mutaciones discursivas de nuestra época.

Con la tríada de términos escogidos, “obediencia, indignación, sublevación”, planteamos tres significantes en los que supusimos hallar coordenadas para situar el actual “malestar en la civilización”, que hoy, además de patente en sus líneas fundamentales, se revela creciente. Este llamado a la elaboración, en medio de la pandemia, que es tiempo de incertidumbre y horizonte indefinido respecto de sus consecuencias, recibió respuestas de diverso tenor, todas las cuales abren un amplio espectro de resonancias, incluidas las de más reciente e inmediata actualidad. Allí contamos con elaboraciones que se ocupan de las disruptivas novedades subjetivas y sociales recién introducidas; también con las que examinan las implicaciones de la aceleración de la virtualización en los intercambios sociales, asuntos que conducen a los usos de la actual crisis sanitaria. Queremos transcribir enseguida los términos iniciales de la convocatoria, pues en ellos habrán de escucharse, además de lo que entonces fue propuesto, las inflexiones introducidas por los acontecimientos que vivimos, cuyo tránsito se encuentra en curso.

Respecto del primer término, *obediencia*, podemos comenzar por recordar, con Pascal Quignard, su etimología: “escuchar se dice en latín *obaudire*. *Obaudire* derivó en francés a la forma *obéir* [obedecer]. La audición, la *audientia*, es una *obaudientia*, por tanto, una obediencia”. Ello ocurre porque “las orejas no tienen párpado”. De allí que la obediencia tenga un vínculo esencial con la voz que reclama sumisión y acatamiento. Enseguida, podemos recordar que, en el campo de la psicología de las masas, Freud advirtió que en el vínculo de la masa con el líder opera un poderoso componente libidinal, manifiesto en demostraciones que conjugan estima exclusiva, renuncia a toda iniciativa personal, “sumisión humillada” y ausencia de crítica; mismas condiciones que halló en el enamorado respecto a su objeto de amor y en el hipnotizado respecto del hipnotizador. De allí que resulte posible hablar de hipnosis colectivas, donde el poder del líder se enraíza en el lugar del ideal en el que ha sido alojado por los miembros de la masa. Bajo estas condiciones, las excelencias supuestas en el líder, del mismo modo que las virtudes soñadas por el nublado juicio del enamorado, solo dejarían expedita la vía para la obediencia crédula. Hay que recordar, sin embargo, que, incluso desde “Tratamiento psíquico, tratamiento del alma” (1890), Freud había notado que las hipnosis con obediencia plena eran más bien raras. Allí mismo, respecto de tal sumisión, hizo entrar en el cálculo un imponderable respecto de las ilusiones de dominio irrestricto que podía hacerse el hipnotizador, pues el sumiso hipnotizado/ enamorado siempre tiene la posibilidad de decidir hasta dónde obedecer. Es lo que allí denominó “albedrío”, término que introduce la cuestión de la elección como posición ante, y más allá, de los mandatos, marca también de una distancia subjetiva frente a las órdenes recibidas.

Desde luego, servirnos de manera renovada de los discernimientos freudianos sobre la psicología de las masas implica tener en cuenta tanto las coordenadas históricas en las que fueron producidos como las referencias en las que se apoyó, para con ello precisar los nuevos elementos con los que será necesario contar en adelante. En efecto, Freud no solo fue espectador del ascenso del nacionalismo y del nazismo, en las dos conflagraciones mundiales que signaron el siglo xx, sino que pudo distinguir también los impases y los “intratables” inherentes a cualquier modo de organización social.

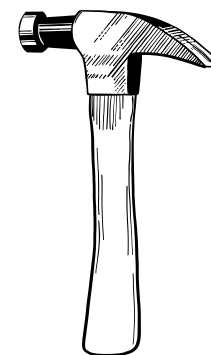
Por otra parte, hay que recordar que la fuente de sus elaboraciones sobre las masas fue Gustav Le Bon, quien desde una perspectiva positivista se había ocupado de un fenómeno propio del capitalismo industrial: la aparición de la multitud, de la muchedumbre. Corren otros tiempos, y las mutaciones del capitalismo, hasta llegar a su actual mudanza en liberalismo en el mercado, han provocado cambios tanto en la agencia del amo como en la aparición de nuevas modalidades de obediencia, acaso

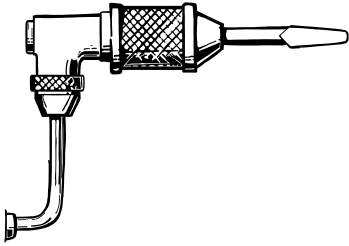
más insidiosas que aquellas en las que una figura idealizada detentaba el poder de azuzar a la manada.

Sobre tales mutaciones, Lacan planteó, en *Televisión* (1974), “el ascenso al cénit social del objeto *a*”, lo cual implica un modo de obediencia comandado por el imperativo superyoico de consumo. Con ello, ya no solo tomamos nota de que “escuchar es obedecer”, sino de que en tal subyugación hay un componente de goce que es preciso hacer entrar en la línea de la cuenta. Freud había distinguido, en esa instancia superyoica, una especie de parásito que se alimenta con las renunciaciones que se le ofrecen, pues cada vez exige mayores *rendimientos*. La cepa contemporánea del parásito sigue pidiendo más, pero no renunciaciones pulsionales, sino *más goce*, ¡y sin cesar! Aquello que se ha denominado “subjetividad neoliberal” supone la conformación (conformidad) de individuos que se explotan a sí mismos, rinden a más no poder y consumen sin límite: así que el bastón de mando se infiltra ahora, para cada quien, como *plus de goce*.

No podemos, sin embargo, decir que la psicología de las masas haya quedado caduca en virtud de la erosión de los ideales que aseguraban identificaciones relativamente estables, pues hay tanto nuevas figuras del autoritarismo como inéditas presentaciones del rebaño. Así pues, nos preguntamos de qué manera se articulan estas novedades —la del objeto *a* en el mando y la de los nuevos liderazgos autoritarios—, para generar las condiciones propicias a obediencias inéditas. Más allá, en esta indagación, serán bienvenidas elaboraciones diversas sobre las declinaciones —o, de manera más precisa, diremos, las “inclinaciones”— de la obediencia: debida, ciega, voluntaria, de efecto retardado... En cualquier caso, subjetivo o colectivo, el imperativo superyoico parece hallar sustento en la obediencia a esta idea: “No insistas, cállate, serías ridículo”, tal como lo formuló Alain Didier-Weill, en la penúltima sesión del seminario 26 de Lacan, *La topología y el tiempo* (1978).

Ahora bien, este mandato superyoico de silenciamiento aunado al actual imperativo de consumo podría derivar en la condensada orden “¡Come callado!”. Sin embargo, la eficacia de tal orden, que colapsa en mudez la persistencia del deseo, puede quedar descoyuntada por un gesto de *indignación* que deshace la mordaza. He aquí, pues, nuestro segundo término. ¿Acaso las oleadas de indignación no se levantan cuando se queda reducido a la condición de objeto —mudo por principio—, sin ser nada más que eso? Por ello, la cuestión de la obediencia —su fundamento psíquico y sobre todo sus límites— conduce de manera inevitable al asunto de la indignación. Así, cuando, en el mismo texto de 1890, Freud examina las cortapisas impuestas al poder del amo-hipnotizador, se refiere a las resistencias que el sujeto opone a las sugerencias recibidas cuando estas transgreden ciertos límites, pasados los cuales los





sonámbulos ya no están dispuestos a obedecer: ni la joven pudorosa se desnudará para las complacencias del magnetizador ni el honrado robará para su ganancia. Si bien Freud no se refiere con ello, de manera explícita, a la indignación, tales resistencias ante la sugestión ya gravitan en su órbita, pues el sujeto se rehúsa a moldearse según la imagen a la que la sugestión autoritaria lo impulsaría. Desde luego, el afecto de indignación solo puede aparecer cuando la dignidad misma es puesta en cuestión, así como indigno es aquel que goza de su abyección, tal como ocurre en el caso del melancólico.

Más adelante, en su trabajo sobre “El chiste y su relación con el inconsciente” (1905), Freud hizo referencia a la indignación producida en quien es atacado con una pulla procaz. De modo que la indignación parece sustentarse en un “No” que se alza como manifestación de rechazo a cierto lugar al que se es conminado o donde se es esperado como actor, espectador o mero utensilio. De donde examinar la cuestión de la indignación hace inevitable acudir a las encrucijadas subjetivas que la suscitan, pues este afecto resulta inconcebible fuera de una posición singular, que se planta, de súbito, en un giro radical que pareciera inesperado.

Al respecto, es claro que para Freud la figura emblemática de la indignación fue Moisés, pues en su texto sobre la escultura de Miguel Ángel no deja de mencionar su indignación “airada”, “apasionada” y hasta “suprema”, al ver a la “turba canalla” en gozosa adoración del Becerro de Oro (relato que, sin duda, tuvo resonancias harto perturbadoras para Freud en momentos de traición de algunos de sus discípulos). Por otra parte, Lacan hallará en la escena trágica los personajes insignia de la indignación: Hamlet y Antígona. El príncipe de Dinamarca alberga en su corazón “la fuente hirviente de la indignación” ante el goce abyecto de la madre, que contrasta con el ideal del padre vilmente asesinado. Antígona, “la chiquilla” —tal como se la designa a lo largo de la tragedia—, desconoce el temor y la compasión, al desafiar las leyes de la ciudad, para darle sepultura al cadáver de su hermano. Con esta heroína es posible diferenciar la indignación del odio, cuya única mira es la destrucción del ser del otro, empecinamiento que prosigue, incluso, más allá de la muerte del adversario. La actualidad de esta tragedia radica en que vuelve a ser invocada cada vez que se presenta “un conflicto que nos desgarrar en relación con una ley que se presenta en nombre de una comunidad como una ley justa”. La ley de la ciudad, sostenida también sin temor ni compasión por Creonte, revela su ilegitimidad en virtud del acto de la joven que señala muy bien dónde se amurallan los falsos imposibles (en este caso, una prohibición de sepultura). Esta es la potencia del acto de alguien desprovisto de poder; tal como lo dice Georges Didi-Huberman en la curaduría de la exposición *Subelevaciones* (2017), estas son, justamente, “las potencias del impoder”. La decisión de Antígona de no

acatar la prohibición del soberano hace de su indignación un acto de *sublevación* dotado de una enorme potencia ética y política, punto en el cual vemos aparecer el tercer término de nuestra propuesta. El deseo de Antígona sigue percutiendo aún en tiempos de desalojo de la dimensión trágica de la existencia humana, pues plantea no pocos conflictos que desbordan desde el campo privado hacia la escena pública. ¡He aquí a los sublevados!

La última década ha estado signada por un sinnúmero de sublevaciones en los más distintos lugares del globo: Egipto, Túnez, Portugal, Sudán, Estados Unidos, Islandia, Senegal, España, México, Inglaterra, Chile, Turquía, Rusia, Camboya, Cachemira, Francia, Nicaragua, Argelia, Haití, Ecuador, Malta, Costa Rica, Colombia, etc.; un listado con mínimas precisiones ocuparía páginas y páginas... En la última década, según Boaventura de Souza Santos, “no ha pasado un mes sin que estalle una protesta ciudadana en un país”. Estas manifestaciones sociales ya no son solamente masas enamoradas de un líder, más o menos autoritario o carismático, sino levantamientos en los que se tejen vínculos horizontales para plantear demandas ante instituciones que son llamadas a reconocerlos y a responderles. Desde luego, las determinaciones, las modalidades, los medios, el devenir de estos movimientos habrá de seguirse en su particularidad, pero, más allá, lo que resulta evidente es que son manifestaciones múltiples, globales e incesantes ante el actual malestar.

Al respecto, ya no sabemos si decir malestar “en la cultura”, o “por su desfondamiento”, a cuenta de las astucias acomodaticias del discurso capitalista, que se recicla, en un circuito infernal de consumo de objetos, producto de la alianza entre la ciencia y el mercado. Justo acá podemos retomar de nueva manera la cuestión de la *dignidad* del sujeto, pues, tal como lo planteó Lacan en el seminario *La transferencia* (1960-1961), “lo que salva nuestra dignidad de sujeto” es precisamente esa relación singular que cada quien establece con el objeto *a* causa del deseo, que permite “hacer de nosotros algo distinto de un sujeto sometido al deslizamiento infinito del significante”. Con los objetos del mercado sucede otra cosa: en su función de recuperación de goce, obturan el vacío de la causa del deseo, al tiempo que hacen desaparecer cualquier traza de singularidad, pues tales objetos se obtienen siempre “positivos” y uniformes. Por esta vía, la cuestión de la dignidad no puede ser ni siquiera planteada.

A lo dicho hasta acá podemos agregar que la producción de objetos de consumo ha sido superada por la producción de desechos del mercado, pues de esta última ha dejado de restársele el sujeto: un residuo más de la operación mercantil. Y, sin embargo, tomando apoyo en los límites al poder del hipnotizador esclarecidos por Freud, volvemos a preguntarnos ¿cómo hallar en el sujeto mismo la posibilidad de plantar objeción al andamiaje discursivo del capitalismo?

Volviendo a la cuestión de las sublevaciones múltiples, en el actual marco discursivo, caben preguntas relativas a los giros posibles de estos movimientos: ¿en qué punto de inflexión las manifestaciones sociales pueden anunciar mutaciones a nivel de la civilización? ¿Cuáles son los impases de estos movimientos cuando el amo se ha infiltrado, para cada quien, como plus de goce? ¿En qué condiciones los movimientos sociales llegan a engendrar “revoluciones” traicionadas, condenadas entonces solo a realizar el giro planetario (aquel que retorna al punto de partida)? ¿Cuál es la novedad que traen los movimientos sociales contemporáneos? ¿La multiplicidad de actores que allí concurren indica acaso un intento de inscribir la diferencia en el campo social, habitualmente refractario a ella? ¿Cómo entender que los participantes tomen distancia de compromisos con organizaciones y partidos? ¿Qué funciones cumplen las redes sociales sobre el carácter y la temporalidad de estos acontecimientos? ¿Cómo ha ocurrido la consonancia para una avanzada global del movimiento feminista? ¿Qué nuevas formas de vínculo han surgido entre los jóvenes estudiantes, protagonistas de primera línea en estas manifestaciones sociales? ¿Qué pasa en todo ello con los cuerpos?

Con las líneas hasta aquí esbozadas, abrimos un fructífero campo de elaboración, que desbordó ampliamente las indicaciones recién evocadas, tal como lo constatará el lector recorriendo las páginas de este número. Desde luego, contamos con las resonancias recogidas de la praxis psicoanalítica, pues la tríada que propusimos examinar se deja escuchar allí con modulaciones singulares. Estas pasan por la función de objeción al discurso que porta el síntoma, así como también por las modalidades de obediencia, indignación y sublevación desplegadas por distintas posiciones subjetivas; incluso pasan por el gesto de inesperada sublevación realizado con la carta de amor... Finalmente, solo nos resta decir que aunque los significantes propuestos aparecían en singular, en su recepción se volvieron plurales; de allí la variedad en las contribuciones que recibimos de distintos horizontes, campos y disciplinas.

BELÉN DEL ROCÍO MORENO CARDOZO
EDITORA

